

del pasado. Tiene esta obra un sentido monumental, una búsqueda del arabesco, un dinamismo que no depende de la composición y sí del modelado. Por todo ello, la artista se coloca a la cabeza de los escultores nacionales.

Exposición Héctor Cáceres

En la Sala de la Universidad de Chile expuso el pintor Héctor Cáceres. La obra de este artista responde al estilo expresionista. Sus telas aparecen cargadas de una fuerte voluntad individual, expresan con intensidad las propias reacciones del pintor, son subjetivas y reflejan de manera evidente las tendencias más acusadas de la plástica en la hora actual.

El expresionismo es una variante más del barroco. Es, más que un estilo, una manera de sentir el arte. Por todo esto y porque en Cáceres se produce una desviación hacia el subjetivismo de fuerte aliento lírico, sentimos hacia ella una inclinación que depende tanto de los valores plásticos como de la honda emoción personal con que fueron trazadas.

El cromatismo puro e intenso utiliza aquí una escala restringida de tonos. La dominante está en la gama de los ocres. Algún verde puro introduce en la tonalidad cálida característica una nota súbita que rompe la monotonía y la aridez del colorido.

En otras telas, en las más *fauves*, por cierta desviación hacia un cromatismo refinado e intenso (*Muchacha sentada* y *Virgen de madera*), Cáceres ha superado la sobriedad del color y por medio de unas tonalidades cálidas y claras—salmón, rosa, rojo y en las frías algún azul primaveral y exquisito—que transforma el característico estilo expresionista en veladas alusiones al cromatismo rococó.

Héctor Cáceres no siente la preocupación temática. La obra es para él una manera de decir su concepto de la estética. El pintor de calidad está más allá de la anécdota. Se advierte, sin embargo, cierta monotonía y repetición de un estilo que huele a

receta. A veces se notan errores y caídas de mal gusto como se hace patente en *Niña*.

Exposición Carlos Pedraza

Carlos Pedraza, que expuso un conjunto de sus telas en la Galería Dédalo, es uno de los pintores que dominan más cabalmente el color y sus funciones, así como la relación mutua que aquél establece en la obra de arte. Su cromatismo es jugoso, sensual, amplio, de registro extenso. Sus pinceladas son flúidas y dibujan las cosas en una caligrafía de ampulosidad barroca. No le interesa el dibujo ni la rigurosa arquitectura que se puede lograr por su utilización. Bien pensadas, sus obras aparecen a veces, por aquella pasión cromática anotada, como producto de impulso instintivo.

El color tiene un valor por sí mismo, un valor intrínseco y constructivo, que no fué comprendido en toda su extensión hasta los impresionistas. Pedraza está en este aspecto dentro de una sensibilidad actual. Sus obras, cualquiera que sea el valor que le asignemos y cualquiera que sea el resultado obtenido, viven una vida independiente y autónoma en lo que hace referencia al color. Los valores cromáticos eran para los maestros del pasado un elemento figurativo, eran *pintorescos*, según la expresión grata a Wolffin. Cuando Goya coloca en el centro de *El cacharrero* la mancha vibrante y violenta de un rojo, lo hace impulsado por el deseo de excitar el conjunto y de darle un valor que no depende ya del tema, sino del color en sí. Goya es así un precursor de todos estos pintores que han hecho de la policromía la clave de su arte.

El defecto primordial en la obra de Pedraza está, a mi entender, en las telas influídas por Bonnard. Aquí su paleta no tiene la fina y depurada técnica de las naturalezas muertas. El colorido no logra ni la limpieza conceptual ni el vigor sintético que tan admirables hacen a aquellas otras obras. La mezcla de estilos le perjudica también.